

6026 44

18

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE
D. PABLO AVECILLA.

JUGAR POR TABLA.

Hartzenbusch



Se vende en la librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

10

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Vicente, 52.
1860.

CÁTALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS EN TRES ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.

Sancho Ortiz de las Roelas.

Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS EN TRES ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la corte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.

La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de huéspedes.
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento.
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Mecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de Nav.
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos...!
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El Oficial'ito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

JUGAR POR TABLA.

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH,

Don Luis Valladares y Garriga

Y

DON CAYETANO ROSELL,

Estrenada en el Teatro Español á 18 de Diciembre de 1850.

Segunda edicion.



N.º 128.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

THE GREAT HINDU

Digitized by the Internet Archive
in 2013



THE GREAT HINDU

THE GREAT HINDU

THE GREAT HINDU

Esta obra es propiedad del D. PABLO AVECILLA, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.

ACTORES.

FERNANDO.	DON JOSÉ VALERO.
SOFIA.	DOÑA TEODORA LAMADRID.
CARLOS.	DON MANUEL OSORIO.
ISABEL.	DOÑA BÁRBARA LAMADRID.
GASPAR.	DON JOSÉ CALVO.

La escena es en Villaviciosa de Odón, en casa de Fernando.

NOTA. Esta comedia está formada sobre la que escribió en francés el Sr. Emilio Augier, con el título de *Gabriela*.

ACTO PRIMERO.

Sala con puertas en el fondo y en los costados.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, que sale por una puerta lateral.—SOFÍA, sentada y en actitud melancólica.

FERN. Señora doña Sofía
Melindrano de Aguilar,
mi cara esposa, que Dios
bendiga y libre de mal,
hágame usted el obsequio
de alzarse de ese sofá,
y vamos á recibir
con toda solemnidad
á la primita Isabel
y á su marido Gaspar.

SOFÍA. Ya están en Villaviciosa?

FERN. Entrando en el pueblo están:
desde el terrado lo he visto.

SOFÍA. Y yo con descuido tal
que aun no me vestí!

FERN. Si no
te quieres incomodar,
yo iré solo á recibirlos.

SOFÍA. Sí: tú me disculparás.

FERN. Bien... Pero aunque andes aquí
sin sombrero ni gaban,

bien podrás cuidar un poco
de tu hija.

SOFÍA. Pues qué! Pilar...

FERN. Al terrado me ha seguido,
y me ha dicho muy formal
que, lo que es hoy, ni siquiera
le ha dado un beso mamá.

SOFÍA. Yo... si...

FERN. Yo le enseño el Fléuri,
y ella me enseña á bailar:
enséñale juicio tú
y aprende jovialidad.

SOFÍA. Fernando, me riñes?

FERN. Oyes?

Te he reñido yo jamás?

SOFÍA. Ni aun para eso me hace caso.

Ay! tú no me quieres ya.

FERN. Pobre mujer! Obras son
amores, dice el refran.

Por no hacer caso de ti,
es decir, por trabajar
noche y dia, gozas tú
descanso y comodidad.

Abogado, ya con una
clientela regular,
los pleitos no me permiten
ser contigo más galan.

El del ministro de Gracia
y Justicia, en especial,

me tiene tan ocupado,
que no sin dificultad
he podido conseguir
escaparme á respirar

aquí unos dias. Con todo,
si mi profesion me dá

malos ratos, dá por ellos
dinero y celebridad,

y una posicion que muchas
amigas te envidiarán.

Berlina en Madrid tenemos
 y casa en este lugar,
 hacemos papel airoso
 en cualquiera sociedad,
 y no debemos sinó
 visitas: todo lo cual
 para tí y para mi niña
 (dos niñas en realidad)
 lo he codiciado con ansia
 tierna y amoroso afan.
 Si esto no es querer, sospecho
 que cerca le debe andar. (Váse.)

ESCENA II.

SOFÍA.

Vive en esa persuasion,
 ó se está de mi burlando!
 No es eso amor, no, Fernando;
 es codicia, es ambicion.
 Dígalo mi corazon,
 que ya del tuyo se extraña,
 porque él ya no le acompaña
 en los afectos que siente.
 Uno de nosotros miente,
 ó sin saberlo se engaña.
 Siete años pasé de esposa
 bendiciendo mi fortuna;
 pero ya mi vida es una
 muerte larga y dolorosa.
 Por qué huyó tan presurosa
 la dicha que amor me dió?
 Cómo es que se convirtió
 en amargura despues?
 Quién me hace infeliz? quién es?

ESCENA III.

CARLOS por la puerta de la calle.—SOFÍA.

CARLOS. Servidor de usted: soy yo.

SOFÍA. Cárlos!

CÁRLOS. Señora...

SOFÍA. Pues cómo?...

(Aparte.)

Qué rara casualidad!

Usted en Villaviciosa!

No se le esperaba acá

tan pronto. Qué hay por Madrid?

CÁRLOS. Que esta mañana, al pasar

á casa de ustedes, donde

no ocurre más novedad,

allí me estaba esperando

muy inquieto don Tomás,

el agente del ministro

de Gracia y Justicia, el cual

me dijo que era forzoso

á don Fernando enviar

esta carta hoy mismo con

la mayor celeridad.

Yo pues, á fuer de pasante

que estima á su principal,

tomé un caballo... y me vengo

para volverme á marchar

al punto, si usted indica

ser esa su voluntad.

SOFÍA. No hace usted falta á Fernando

en Madrid?

CÁRLOS. Y estoy demás

aquí?

ESCENA IV.

FERNANDO.—SOFÍA.—CÁRLOS.

FERN. Sofía, Sofía,

ya tienes en el portal!

á los dos huéspedes.

SOFÍA. Cuenta
con tres. (Vase.)

ESCENA V.

FERNANDO.—CÁRLOS.

FERN. Calle; Voto á san!...
Carlitos! Pues qué sucede?

CÁRLOS. Esta carta lo dirá.

FERN. Leamos. (Abre y lee.)

CÁRLOS. (Aparte.) Ya pude verla.
Dichosa casualidad!

FERN. De Su Excelencia. Hola! Bien!
Convencen al tribunal
nuestros argumentos.

CÁRLOS. Yo
no hice más que formular
ideas que son de usted
exclusiva propiedad.

FERN. (Leyendo.)
«Entérese usted, y vea
si es necesario quizá
que nos hablemos.»

CÁRLOS. Encargo
tengo muy particular
del agente para haer
que vaya usted.

FERN. (Leyendo.) «Convendrá,
dice el agente, si puede
ser sin incomodidad
de usted, que dilucidemos
un artículo esencial.»
Volver á Madrid ahora
me descompone mi plan.

CÁRLOS. Entonces...

FERN. Veremos.—Cárlos,
amigo mio, un millar

de gracias por el favor ;
grandísimo de haber... (Le aprieta la mano.)

CÁRLOS.

Ay!

FERN. Le he hecho daño á usted?

CÁRLOS.

No es nada.

FERN.

Perdone usted: sí será,
cuando usted se queja.

CÁRLOS.

Un golpe

en este brazo...

FERN.

En verdad

que esa manga abulta mucho.

Vaya! y yo sin reparar...

CÁRLOS.

Está el vendaje mal puesto.

Pero no fué cosa... y va
muy bien.

FERN.

Látigo y espuelas!...

Hombre, qué temeridad!

Casi impedido de un brazo,

atreverse á cabalgar!

Le debo reñir á usted.

CÁRLOS.

Pero...

FERN.

Con severidad.

Primero por ese golpe,

que es herida, á no dudar,

y herida de arma.

CÁRLOS.

Señor...

FERN.

Triunfe la sinceridad,

Cárlos: usted ha tenido

un lance.

CÁRLOS.

No tal.

FERN.

Sí tal:

Por qué ha sido, ó por quién? Vamos.

CÁRLOS.

Permitame usted callar.

FERN.

No puedo saberlo yo?

CÁRLOS.

Oh! no.

FERN.

Un amigo leal

no puede?..

CÁRLOS.

Imposible de

toda imposibilidad.

- FERN. Pues yo, mi querido Carlos,
lo tengo de averiguar.
- CÁRLOS. Por Dios...
- FERN. Su padre de usted
me escribió días atrás
pidiendo informes acerca
de la conducta moral
de su hijo, y debo instruirle
de todo.
- CÁRLOS. (Aparte.) Oh fatalidad!
- FERN. Ei me asegura en su carta
que sabe por buen canal
que tiene usted un capricho
galante, poco ejemplar.
- CÁRLOS. (Aparte.)
Ya se cuenta!..
- FERN. Como estoy
ocupado por demás,
no he podido dedicarme
aún con formalidad
á ese asunto: sin embargo,
su tiempo le llegará.
- CÁRLOS. Incurrir puedo en flaquezas
hijas de mi corta edad;
pero á mi padre y á usted
juro que no soy capaz
ni de accion que me deshonne,
ni de intento criminal.
- FERN. No lo dudo yo, querido.
Váyase usted á quitar
esas espuelas ahí
en mi cuarto...
- CÁRLOS. Voy allá.
- FERN. Y pásese por la sala
después, donde ya estarán
deseando verle...
- CÁRLOS. Quiénes?
- FERN. Isabel y don Gaspar.

ESCENA VI.

GASPAR.—FERNANDO.—CARLOS.

GASPAR. Presente. (Aparte.) Huy!
 CARLOS. (Aparte.) Huf! Beso á usted
 la mano. (Váse.)
 GASPAR. Abur, perillan.

ESCENA VII.

FERNANDO.—GASPAR.

FERN. Con qué franqueza le tratas!
 GASPAR. Necesito yo enseñar
 á ese titere de goma,
 bachiller sentimental,
 que á un sujeto de mi temple
 se le debe respetar.
 FERN. Pues qué?...
 GASPAR. Soy hombre de mundo...
 FERN. Tú lo dices.
 GASPAR. Soy sagaz.
 Siento la yerba crecer.
 FERN. Pues, y la luna menguar.
 GASPAR. Oyes? Eso de la luna,
 es alusion personal?
 FERN. Gaspar, tú vienes...
 GASPAR. Echando
 bocanadas de alquitran.
 Pero soy hombre de mundo:
 no me quiero sofocar.
 FERN. Muy bien hecho. Qué te pasa?
 GASPAR. Cosa de poca entidad.
 Que la loca de de tu prima
 se deja galantear
 de tu pasante.
 FERN. La prueba

al canto, señor fiscal:
juxta alegata et probata
 fallo se pronunciará.
 Pruebas necesito como
 dijo en situacion igual
 Otelo. Tienes diadema
 ó carta que presentar?

GASPAR. Tengo ojos...

FERN. De topo.

GASPAR. Oídos...

FERN. Sí, de escopeta, que dan
 con una chispita un trueno.

GASPAR. Tengo en fin mi perspicaz
 discurso...

FERN. Que se equivoca...

GASPAR. Las menos veces.

FERN. Las más.

GASPAR. Es regla de hombre de mundo,
 que si su dulce mitad
 anda triste sin motivo,
 y no se quiere ocupar
 en los quehaceres caseros,
 y busca la soledad,
 y lee coplas y dramas
 y novelas sin cesar...

FERN. (Aparte.)
 Esta es la vida que lleva
 Sofia.

GASPAR. Mala señal.

FERN. Hombre...

GASPAR. Es así que mi esposa,
 doña Isabel Macanaz,
 canta y rie más alegre
 que martes de carnaval,
 que trabaja la maldita
 lo mismo que un azacan,
 administrando sus bienes
 y los míos, y además
 los de Antonia, mi pupila,

colegiala en el Real
 convento de las Salesas,
 de que pronto emigrará;
 es así que mi mujer
 busca la publicidad
 en tertulias y paseos,
 y no se le ve pillar
 más impreso que el Diario
 y el Directorio moral.

FERN. Luego tu mujer te quiere.

GASPAR. Luego esa mujer falaz
 quiere engañarme de modo
 que no me pueda quejar.

FERN. Celosos he visto yo;
 pero tan original
 como tú, ninguno.

GASPAR. Falta
 la cola por desollar.
 En Madrid, siempre que voy
 con ella á tu casa, tras,
 Carlitos junto á Isabel,
 dejando dormir en paz
 tus pedimentos.

FERN. Pero eso...

GASPAR. Salis de la capital;
 queda el Carlitos allí,
 y á título de amistad
 con nosotros, y á pretexto
 de llegarse á preguntar
 por tí y por Sofia...

FERN. Eh?

GASPAR. No salia el muy truhan
 de mi casa. Nos venimos:
 y él delante. Es singular
 que mirándole yo siempre
 con un jesto de caiman,
 se empeñe en hacerme objeto
 de su sociabilidad.

FERN. Pero Isabel...

GASPAR. Es coqueta,
y por hacerme rabiarse,
pusiera ella buena cara...

ESCENA VIII.

ISABEL del brazo con CÁRLOS.—FERNANDO, GASPAR.

ISABEL. Mucho le honra usted.

GASPAR. (Aparte á Fernando.) Qué tal?
Por vida!...

FERN. (Aparte á Gaspar.) El hombre de mundo...

GASPAR. (Aparte á Fernando.) (Sí, debe disimular.)
Mujer...

ISABEL. Marido...

GASPAR. No tengo
este lazo desigual?

ISABEL. Está como de tu mano,
que eres torpe, si los hay.
(Llega á su marido y le arregla el lazo de la corbata.)

GASPAR. (Aparte á Isabel.) Qué te decia ese necio?

ISABEL. (Aparte á Gaspar.) Cosa que te ha de admirar:
Que eres hombre muy amable:
cuidado si es necesidad!

GASPAR. Mira...

FERN. (Aparte á Carlos.) Usted, amigo, deje,
por si puede peligrar,
ver de un médico ese brazo.

CÁRLOS. Bien. Gracias. Me le verán.

GASPAR. (Aparte á Isabel.) Si otra vez...

ISABEL. (Acabando el lazo.) No me incomodes,
ó encomiéndate á san Blas;
que te ahogo.—Anda con Dios.

FERN. (Aparte.) ¿A quién enamorará

este muchacho? Me ha dado
 bastante que meditar
 mi primo, el hombre de mundo.
 Nada: imperturbabilidad,
 y ojo alerta

ESCENA IX.

SOFÍA.—FERNANDO.—GASPAR.—CÁRLOS.

SOFÍA. Cuando ustedes
 quieran, pueden almorzar.
 ISABEL. Yo no.
 GASPAR. Yo tampoco.
 ISABEL. Sí:
 tú tienes necesidad.
 GASPAR. Y Carlitos?
 CÁRLOS. No me hallo
 con apetito.
 ISABEL. El vendrá.
 Vaya usted... (A Fernando.) y tú.
 FERN. Yo tengo
 apetito?
 ISABEL. Sí, voraz.
 Ea, ustedes á engullir,
 nosotras á murmurar.
 FERN. Cúmplase lo que dispone
 Doña Isabel Macanaz. (Vánsé los tres.)

ESCENA X.

SOFÍA.—ISABEL.

ISABEL. Solas nos hemos quedado,
 como anhelaba impaciente:
 respóndeme francamente,
 que me tienes con cuidado.
 Erate Madrid molesto,
 y el campo gozar quisiste;

- en Villaviciosa triste,
y triste en Madrid, qué es esto?
- SOFÍA. Desechar quise en la calma
de los campos mi tristeza:
pero ay! la naturaleza
no cura males del alma.
Este sol primaveral,
este aire apacible, túbio,
lejos de prestarme alivio,
me dá congoja mortal.
Por un ansia devorada
que nunca experimenté,
lo que quiero no lo sé;
lo que me cerca me enfada.
El arroyo que murmura,
el verde prado, las flores
de mi jardin, las labores
domésticas, la lectura,
todo me cansa; hallo en todo
algo que ofenda ó que aflija;
los cariños de mi hija
me atemorizan de modo,
que huyo de ella con espanto
sin poderlo remediar,
huyo y me escondo á llorar,
porque me avergüenza el llanto.
- ISABEL. Pues, queridita, la madre
á quien su hija amedrenta,
poquisimo, por mi cuenta,
deberá querer al padre.
- SOFÍA. Merézcalo.
- ISABEL. Te es leal?
- SOFÍA. Sí.
- ISABEL. Gasta mal génio?
- SOFÍA. No.
- ISABEL. Quiere á Pilar?
- SOFÍA. Más que yo.
- ISABEL. Te derrocha tu caudal?
- SOFÍA. Me le aumenta cada dia.

ISABEL. Se ha vuelto avaro de pronto,
marica, soez ó tonto?

SOFÍA. No.

ISABEL. Pues entónces, Sofía,
qué mas quieres?

SOFÍA. Qué? Ternura
que mi ansiedad satisfaga
con el cuidado que halaga,
con el afan que asegura,
con aquel íntimo ardor,
aquel victorioso encanto,
que pudo arrancarme el santo
juramento de mi amor.
Sobre el tálamo con gozo
la cabeza recliné;
soñé un cielo y desperté,
y halléme en un calabozo,
por cuyos negros rincones
revolando alborotada
la espantadiza bandada
de mis bellas ilusiones,
al dar contra la escabrosa
piedra del muro cruel,
dejaron rotas en él
sus alas de mariposa.

ISABEL. Pero, hija, tú no sospechas
cuál es el mundo que habitas:
lo que niega solicitas,
y lo que ofrece desechas.
Haces mal: ciencia muy alta
nos enseña que conviene
tomar lo bueno que tiene,
sin pedir lo que le falta.
Veredas hay deliciosas
en él, y ásperos breñales:
huyamos de los zarzales,
caminemos entre rosas;
que si rigiendo advertida
tu libre imaginacion,

estimas en lo que son
 el mundo, el hombre y la vida;
 si encerrada con placer
 en el doméstico hogar,
 te dejas aconsejar
 de la razón y el deber;
 tú verás una y mil veces
 que son melindre y quimeras
 la amargura que ponderas,
 el desamor que encareces;
 verás que en tu daño luchas
 cuando con lloro indebido
 te me quejas de un marido,
 que ya le quisieran muchas;
 volverás en tí á la luz
 que las verdades abona,
 reconociendo corona
 la que imaginaste cruz,
 y esclamarás con fervor
 de tu casa en el regalo:
 No es este mundo tan malo,
 á falta de otro mejor.

SOFÍA. Isabel!..

ISABEL.

Mira el esposo
 que por suerte me ha cabido:
 sobre ser poco entendido,
 el pobre diablo es celoso;
 y tan oportuno sesgo
 siempre á sus recelos dió,
 que solo de mí fió
 cierta vez, que fué con riesgo.

SOFÍA. Cómo?..

ISABEL.

Nada, una tormenta
 que no trajo más que ruido:
 ya lo sabrás.—Mi marido
 me consume y se impacienta
 sin asomo de razón,
 que es cosa en verdad que hiere;
 pero al fin y al cabo, él quiere

á su mujer con pasión:
 y el día que de su injusto
 proceder se desengaña,
 sabe darse buena maña
 para que olvide el disgusto.
 Por esto pues, yo que ciño
 á mi Gaspar mis anhelos,
 me divierto con sus celos
 y gozo con su cariño;
 y el constante buen humor
 que mi conciencia me cria,
 reviste de poesía
 mi almohadilla y bastidor;
 mis camelias y mis aves
 me hechizan; y, sin enfado,
 vigilo á mi apoderado
 y observo al ama de llaves.
 Toma cuentas á tu pecho,
 sigue las pisadas mías,
 y no pidas gollerías,
 tal vez con poco derecho:

SOFÍA. Con poco derecho?...

ISABEL. Sí.

Anda como tú tu esposo
 melancólico y bilioso
 y descontento de tí?

SOFÍA. No á fé. Dichoso mortal!
 A él todo le dá alegría:
 yo creo que se extasía
 con el código penal.

ISABEL. Vé ahí descubierto el bú
 que en tu alma yace escondido:
 no culpes á tu marido:
 la culpa la tienes tú.

SOFÍA. Él solo en sus leyes piensa,
 no en mí, que soy tan amante...

ISABEL. De Fernando, ó del pasante?

SOFÍA. Quién? Yo de Carlos?... Qué ofensa!
 Pura amistad le consagro,

nada más.

ISABEL. No ? Pues yo advierto
que él bien te quiere...

SOFÍA. ¡ Ah !

ISABEL. Por cierto

que me achacan el milagro.

SOFÍA. Y bien... qué debo hacer yo?

ISABEL. Mujer, eso me preguntas ?
Las dos siempre andamos juntas:
ahuyéntale, y se acabó.
Gaspar verá claramente
que ese hombre nunca me quiso,
y evitas un compromiso
cruel, y quizá inminente.

SOFÍA. Compromiso ! Cuál ?

ISABEL. Repara

que es buen chico.

SOFÍA. Eh ?

ISABEL. Y elegante.

SOFÍA. Lo necesita bastante.

ISABEL. Y muy gracioso de cara.

SOFÍA. Bah !

ISABEL. Tiene además talento
nada vulgar.

SOFÍA. Puede ser;
mas no se lo echo de ver.

ISABEL. Le deslucos, y lo siento
mucho, porque se me antoja
que es encubrir tu afición.

SOFÍA. Isabel, es aprension
tuya.

ISABEL. Bien: aquí la hoja
se doble; pero, querida,
por la Virgen, que no trates
de aventurarte á combates,
que exponen á ser vencida.

SOFÍA. Ya, precaviendo tragedias,
ha tiempo que sé evitarlos,
y hasta los evita Cárlos,

que es hombre de honer...

ISABEL.

A medias.

El que llega á cõdiar
lo ageno, y halla ocasion
bien puede no ser ladron,
pero harto le ha de costar.

ESGENA X.

FERNANDO.—GASPAR.—SOFÍA.—ISABEL.

GASPAR. Hétenos aquí.

ISABEL. Tan pronto!

FERN. Privados de compañía
tan grata, no hay apetito
que diez minutos resista.

ISABEL. Y Cárlos?

GASPAR. (Aparte.) Eh! ya pregunta
por él.) Cárlos pensaria
que no debieran echarle
de ménos con tanta prisa,
y obedeciendo á Fernando,
que es tenaz si se encapricha,
salió á pedir un informe
al matador de la villa.

SOFÍA. De la carta que te traje
no me has dicho todavía
nada.

FERN. Me escribe el ministro
que para darme noticias
que importan, vaya á comer
con él esta noche misma.

SOFÍA. Y piensas ir?

FERN. Si estuviera
solo contigo, no iria;
pero encontrándose en casa
Gaspar con Isabelita,
los dos suplirán mi ausencia,
que no pasará de un dia.

- ISABEL. Supongo que irá contigo
Cárlos.
- FERN. Te equivocas, prima:
no hay carruaje, y á caballo
no quiero yo que me siga.
- ISABEL. Seguirte? Corre ese chico
más de lo que tú imaginas.
- SOFÍA. A caballo vino.
- FERN. Bueno:
pues basta con la venida.
- SOFÍA. No lo entiendo.
- ISABEL. Yo tampoco.
- GASPAR. Pronto sabreis el enigma.

ESCENA XI.

CÁRLOS, con dos ramos de flores.—FERNANDO.—SOFÍA.—ISA-
BEL.—GASPAR.

CÁRLOS. Señores...

FERN. Qué dice el médico?

CÁRLOS. El médicø está en Boadilla:
no le he visto; su mujer,
que se dá por muy amiga
de las señoras, con estos
dos ramilletes me envia.

SOFÍA. Y se ha incomodado usted!...

CÁRLOS. La carga no es excesiva.
Tome usted el uno. (A Isabel.)

GASPAR. (Aparte.) Ya:
mi mujer la primerita.

CÁRLOS. Y este para usted.
(Dá el otro ramillete á Sofia.)

ISABEL. Quedamos
altamente agradecidas
al mandadero.

GASPAR. (Aparte á él.) Fernando,
quiero hacer una pesquisa
en que has de ayudarme.

- GASPAR. Linda
proeza ! ¡escamotear
una rosa !
- CÁRLOS. Yo sabría
sacarla de entre las garras
de fieras enfurecidas,
como Ponce de Leon
el guante de su querida.
- GASPAR. Pero arriesgan el pellejo
los mozalvetes del día.
- FERN. Si es alusion á Carlitos,
rechazarla me precisa.
Poco hace que se batió.
- SOFÍA. (Aparte.) Cielo !
Este brazo lo diga.
- FERN. (Aparte á Gaspar.)
Ya te he servido.
- CÁRLOS. (Aparte.) Oh Dios !
- ISABEL. Ya.
Por eso era la visita
al médico.
- FERN. Sí.
- ISABEL. Por eso
no va contigo, y le cuidas,
haces bien.
- GASPAR. El duelo fué
por alguna señorita:
eso desde luego.
- CÁRLOS. Sí;
por mi hermana.
- ISABEL. Pobre niña !
- SOFÍA. Con que ha venido á esta tierra?
- CÁRLOS. Aun vive en Andalucía.
- FERN. Puede uno en Madrid batirse
por dama que esté en Manila.
Desdice un poco del hombre
cuyo ejercicio le obliga
á cursar los tribunales
en demanda de justicia,

desdice un poco el andar
echándola de duelista;
pero en haciéndose moda,
quién de la moda se libra?
En fin, usted no dará
lugar á nueva filípica.

CÁRLOS. Harto siento merecerla.

ISABEL. Y más acaso el oirla
en presencia de quien odia
semejantes valentías.

GASPAR. (Aparte.) Por sí lo dice. Qué audácia!

FERN. Aquí estamos en familia.

SOFÍA. Bueno es saber la verdad,
aunque sorprenda y aflija.

CÁRLOS. Oh! (Aparte.)

SOFÍA. (A Isabel.) Quieres ver mi jardín?

ISABEL. Sí.

FERN. Vamos. (Dá el brazo á Isabel.)

GASPAR. (Aparte.) Por si se arrima
el otro...) Tengo que hablaros
á los dos. (Toma el otro brazo á su mujer.)

(Aparte.) Ya está que trina
con él. Lo que vale ser
hombre de mundo y de chispa!

(Váanse Fernando y Gaspar, llevando en medio á Isabel.)

ESCENA XII.

SOFÍA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Hágame usted el favor
de oír el triste accidente
que ha dado...

SOFÍA. Inmediatamente
vuélvame usted esa flor.

CÁRLOS. También usted rigorosa
conmigo! Creyó también
usted?...

SOFÍA. No parece bien

siuo en mi mano esa rosa:
 donde está, diera ocasion
 á interpretaciones varias,
 á mi decoro contrarias
 y ajenas de mi intencion.

CÁRLOS. En poder de usted ó mio,
 solo significará...

SOFÍA. Otras á usted le dará
 la dama del desafio.

CÁRLOS. No espero mucha merced
 cuando, conmigo en querella,
 no me oye...

SOFÍA. Pues... quién es ella?
 por quién ha reñido usted?

CÁRLOS. Por aquella á quien la palma
 de mi fé tímido postro,
 ángel de belleza en rostro,
 ángel de virtud en alma.
 De mi reposo enemigo,
 movióse contra ella un lábio:
 secreto pasó el agravio,
 secreto llevó el castigo;
 funesta casualidad
 el secreto reveló.

SOFÍA. Esa herida... es grave?

CÁRLOS. No:
 ya no hay cuidado.

SOFÍA. Es verdad?

CÁRLOS. Lo es. En fin, yo no debí
 tomar esta flor: la entrego.

SOFÍA. Arrójela usted al fuego.

CÁRLOS. Bien: harto fuego hay aquí (Guarda la rosa en el pecho.)

SOFÍA. Decláreme usted ahora
 qué agravio fué el que vengó.

CÁRLOS. A qué? Ya se desmintió
 la lengua murmuradora.

SOFÍA. Yo he de saber lo que fué.

CÁRLOS. Y yo lo debo callar.

SOFÍA. Es tan amargo pesar?

- CÁRLOS. Yo con terror lo escuché
Y...
- SOFÍA. Con terror?
- CÁRLOS. Y con ira,
y suena mal en mi boca.
- SOFÍA. Quiere usted volverme loca?
Por Dios, qué fué?
- CÁRLOS. Una mentira.
- SOFÍA. Qué mentira?
- CÁRLOS. Un atrevido
sospechó...
- SOFÍA. Qué sospechó?
- CÁRLOS. Que amaba... que amaba yo...
y amaba correspondido.
- SOFÍA. Ah! (Cúbrese el rostro y rompe en sollozos.)
- CÁRLOS. Yo espantado y furioso
le quise quitar la vida.
Fué pena bien merecida
la pena del mentiroso?
Yo temblé cuando le herí.
- SOFÍA. (Aparte.)
(Oh! qué martirio cruel!
Bien lo predijo Isabel!)
Cárlos! qué hará usted por mí?
- CÁRLOS. Señora, yo sé arriesgar
mi vida, sé padecer:
todo lo puede ofrecer
el hombre que sabe amar.
Diga usted, ordene, exija...
- SOFÍA. Cárlos, un ángel me advierte
mi extravío: angustia fuerte
me da el beso de mi hija;
cuando á usted le da mi esposo
la mano, qué experimenta?
- CÁRLOS. El bochorno de la afrenta,
remordimiento horroroso.
Pero ahora, este placer,
por qué se ha de acibarar?
- SOFÍA. Ay! es preciso acabar

de sufrir y de temer.
 Corremos á dos abismos,
 y es tiempo ya de pararnos:
 debemos reconciliarnos
 los dos con nosotros mismos.
 No tendrá usted fortaleza,
 Cárlos, para resolverse...

CÁRLOS. A qué, Sofía?

SOFÍA. A volverse
 con sus padres á Baeza?

CÁRLOS. Ah! qué es lo que prometí!
 Sofía, piedad reclamo.

SOFÍA. Le diré á usted que le amo.

CÁRLOS. Iré, Sofía, iré allí!

SOFÍA. (Aparte.)
 Honor, satisfecho estás.

CÁRLOS. Sol bello, cuya luz sigo,
 lleve yo tu amor conmigo;
 nada importa lo demás.

SOFÍA. Quisiera que la partida
 fuese mañana.

CÁRLOS. Que sea.

SOFÍA. Bien, Cárlos! (Le dá la mano y él se la besa.)

CÁRLOS. Ah! Gracias.

SOFÍA. Ea,
 basta.

CÁRLOS. Idolo de mi vida!

SOFÍA. Olvídeme usted.

CÁRLOS. Terrible
 por demás es la sentencia.
 Bastante aflige la ausencia:
 no exija usted lo imposible.

SOFÍA. Esto conviene á los dos.

CÁRLOS. Ya que mi ventura pierdo,
 salve siquiera el recuerdo.
 No es mucho.

SOFÍA. Cárlos!... Adios. (vá.e.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS, sacando del pecho la rosa.)

Flor, gala de tu vergel,
flor, que mi bien á mis ojos
acercó á sus lábios rojos
envidiados del clavel,
tú, tú la prenda serás
que eternice en mi memoria
este momento de gloria
que yo no esperé jamás.
Qué de veces me has de ver
sobre tu cáliz llorando!
Cielos! (Huye por la puerta lateral.)

ESCENA XIV.

GASPAR.

Estaba besando
la rosa de mi mujer!
Ya se me apuró el aguante:
mañana de madrugada
le paso de una estocada
los hígados al pasante.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

En misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—GASPAR.

ISABEL. Hablarás al fin!

GASPAR. (Mirando á todos lados.) Chiton!

ISABEL. Pero se podrá saber?

GASPAR. (Acercando un sillón y mostrándosele á su mujer con aire de autoridad, pero ridiculo.)

Siéntate. Voy á tener
contigo una esplicacion.

ISABEL. (Sentándose.)

Lograrás darme recelos.
Qué tienes?

GASPAR. Vas á escucharme.

(Coge otro sillón, le coloca en frente del de Isabel, se sienta y la mira de hito en hito sin hablar una palabra. Ella hace lo mismo, hasta que despues de una grande pausa, Gaspar estalla en cólera.)

Y aun te atreves á mirarme?

ISABEL. (Soltando la carcajada.)

Ja, ja! ya caigo: son celos.

GASPAR. Te ries? Hay tal audacia?

Cuando estoy echando lumbre...

ISABEL. Ya sabes que es mi costumbre
siempre que das en tal gracia.

GASPAR. Mira, Isabel, si me irrito...

ISABEL. Harás mal, que hace calor.

GASPAR. Con que tú me tomas por...

ISABEL. Por un babeiaca, clarito;
que con el continuo espanto
de tu celosa manía
acabarás en un día
con la paciencia de un santo.
Y si yo no sucumbí,
es que, para consolarme,
en vez de desesperarme
di...

GASPAR. En qué?

ISABEL. En reirme de tí.

GASPAR. Mira, Isabel, lo que dices.

Piensas tú que no reparo?

ISABEL. Si en tu vida has visto claro

mas allá de tus narices:
y en el sempiterno artículo
de tu celoso desvelo
estás cada vez mas lelo,
y cada vez mas ridiculo.

GASPAR. Señora!... Mas no me engañas,
no, con tus burlas arteras;
porque lo que tú quisieras,
pues, era hacerme á tus mañas:
y porque á ti te está bien
que yo cierre ojos y oidos
como uno de esos maridos
que á todo dicen amén;
y que en los lances mas críticos,
con estúpida paciencia,
se muestran á la evidencia
sordos, ciegos, paralíticos.
Pero yo no me confundo
con gente tan baladí,
y para engañarme á mí
es preciso...

ISABEL. Oh! mucho mundo:

pues, quién lo duda?

GASPAR.

Mi enojo

puedo apenas reprimir.

Te burlas? Eso es decir!...

ISABEL.

Interpértalo á tu antojo.

GASPAR.

Tú piensas que estoy en bábía
cuando las alcanzo al vuelo.

Las pagará ese trastuelo:
me le lie de comer de rábía.

ISABEL.

Pero á quién?

GASPAR.

Quieres ahora

que te regale el oido?

ISABEL.

(Con burla.)

Quiero saber quién rendido
se abrasa por mí.

GASPAR.

Traidora!

Deja que yo le refresque.

No hay nada que se me escape:

ni sonrisa que no atrape,

ni seña que yo no pesque.

Bien clara tu inteligencia

con tu vil cómplice ví:

bien os burlábais de mí;

si callé fué... por prudencia.

No tragué, no, la engañosa

treta que inventó tu afan

para dar á tu galan

en mis barbas una rosa.

ISABEL.

(Turbada.)

Ah! Silencio! (Aparte.) (Si se halla
cerca Sofía...!

GASPAR.

Te vendes!

Parece que ya me entiendes.

ISABEL.

Bien, y qué? Déjame y calla.

GASPAR.

(Furioso.)

Cómo! á mí!...

ISABEL.

Tu ira desprecio.

Cuando me harten tus sandeces,
te haré ver como otras veces...

GASPAR. El qué? Dí.

ISABEL. Que eres un necio
y que estás en un error.

GASPAR. La prueba!... Algun enredijo.
Quiero ser necio: lo exijo,
La prueba!

ISABEL. No estoy de humor.

GASPAR. Así respondes?

ISABEL. Así.

GASPAR. Por Cristo!... yo te haré ver...

ISABEL. (Señalando al foro.)

Silencio! ó vamos á ser
cuatro á reirnos de tí.

GASPAR. Oh! si no fuera por ellos...

ISABEL. Eh! ya basta, que aquí están.

GASPAR. (Mirando.)

Y tambien viene el galan...
Se me erizan los cabellos!

ESCENA II.

FERNANDO.—SOFÍA.—CÁRLOS.—ISABEL—GASPAR.—Los
tres primeros vienen hablando alto con mucha animacion, y al pronto no reparan
en Gaspar é Isabel.)

FERN. No me lograis persuadir.
Digo que es una locura.

SOFÍA. Mas si su padre le apura...

CÁRLOS. Cierto.

FERN. Dejarle decir.

CÁRLOS. Su voluntad...

FERN. Patarata.

Aquí los primeros están,
y vereis cómo me dan
la razon.

ISABEL. De qué se trata?

FERN. De quitar de la cabeza
á Carlitos la manía

- de marcharse á Andalucía,
y sepultarse en Baeza.
- ISABEL. Cómo? para siempre?
- CÁRLOS. Sí.
- ISABEL. (Aparte mirando á Sofía.)
Ah! ya caigo.
- FERN. Es aprension
meterse en un lugaron...
- CÁRLOS. (Con intencion mirando á Sofía.)
Mi padre lo manda así.
- SOFÍA. (Lo mismo.)
Cierto: y él tiene derecho...
- FERN. Yo sostengo que es injusto.
- CÁRLOS. (Íd.) Yo parto por darle gusto.
- GASPAR. Muy bien dicho.
- ISABEL Muy bién hecho.
- GASPAR. (Asombrado mirando á su mujer.)
Eh?
- FERN. Tú... (Con sorpresa.)
- CÁRLOS. Señor don Fernando,
todos son de un parecer.
- GASPAR. Todos! Hasta mi mujer!
(Aparte.) Si habré yo estado soñando?
- FERN. (Aparte.) Habrá aquí alguna tramoya,
ó es solo una obcecacion?
(A Carlos.)
Sepamos en qué razon
su padre de usted se apoya.
- CÁRLOS. (Turbado.)
Razones...
- ISABEL. (vivamente.) Serán acaso
de familia.
- CÁRLOS. (Mirando á Sofía.) Es un acuerdo...
Dicen que aquí el tiempo pierdo,
sin adelantar un paso.
- FERN. Y es eso solo? Divino!
pues la cuestion se acabó.
Justamente hoy pienso yo
lograr para usté un destino.

Para un asunto importante
 hoy como con su Excelencia,
 y ya le hablé en otra audiencia
 sobre una plaza vacante.
 Llevo el decreto extendido...
 Si su palabra confirma,
 hablo, lo sube á la firma,
 y es asunto concluido.

SOFÍA. (Aparte.) Ah! (Alto.) Pero...

ISABEL. (Aparte.) Qué obstinacion!
 Marido al fin.

GASPAR. (Mirándola.) Eh?

CÁRLOS. (A Fernando.) Con todo...

FERN. Nada, nada... y de este modo
 ya se halla usted en posicion
 de aspirar pronto á la mano
 de alguna rica heredera.

ISABEL. (Aparte.) Ah! bien.

GASPAR. (Aparte observándola.) Mi mujer se altera.

FERN. (A Gaspar.)
 No es buen medio?

GASPAR. Soberano!
 Sublime! (A Carlos.) Cásese usted!

CÁRLOS. Yo...

FERN. No hay vida más pacífica.

GASPAR. Oh! Sí per cierto, es magnífica.
 (Aparte.)

Al menos me vengaré!

CÁRLOS. El matrimonio me agovia.

FERN. Bah! Si hay paz y buena renta...
 Pero ahora caigo en la cuenta:
 tambien tenemos ya novia.

ISABEL. Ya?

FERN. Y digo que no es mal lote.

CÁRLOS. Será fea, tonta ó rara.

FERN. No por cierto: buena cara,
 y más de un millon de dote.

ISABEL. Pero, quién es?

GASPAR. Acabemos.

- FERN. (A Gaspar.)
Tu pupila.
- GASPAR. Ah!
- FERN. (A Gaspar.) Buena boda.
No es cierto? A tí te acomoda.
- SOFÍA. (Aparte.)
Cielos!
- GASPAR. A mí... ya hablaremos.
- FERN. Cómo!
- ISABEL. Primero es saber...
- GASPAR. (Aparte, y mirando furioso á Isabel.)
Ya se o pone! ciego estoy.
- FERN. (A Gaspar.)
Se la niegas?
- GASPAR. (Con decision.) Se la doy.
(Aparte.)
Y que rabie mi mujer.
- FERN. (Dando la mano á Carlos.)
Con que es hecho?
- CÁRLOS. (Retirándola.) No en verdad.
Yo agradezco tanto honor;
pero antes fuera mejor
consultar mi voluntad.
- FERN. Despreciar asi un partido
tan brillante...
- CÁRLOS. Sí, prefiero
por ahora vivir soltero.
- FERN. Pero, hombre...
- CÁRLOS. (Con resolucion.) Lo he decidido.
- FERN. Pues vuelvo á mi presuncion:
á usted otro amor le encadena.
- GASPAR. (Aparte.)
Pues! mi mujer... esa hiena...
La sacrifica un millon!
- FERN. (A Carlos.)
Para mí ya es evidencia.
- CÁRLOS. Le juro á usted que no hay nada...
- FERN. Será una mujer casada,
y niega usted... por prudencia.

Parece que hoy solo es eso
lo que en amor satisface...
Mas renunciar á ese eniace
es ya querer con exceso.
Cárlos, mire usted y aprecie
su bien: no es accion muy cuerda
que usted su fortuna pierda
por amores de esa especie.

SOFÍA. (Aparte.)

Cuánto sufro!

CÁRLOS. No consiento...

FERN. Se que le puede á usted herir;
pero yo le he de decir
como amigo lo que siento.
Si en su amor no hay egoismo,
como el bien de usted prefiera,
ella será la primera
que le aconseje lo mismo.
Ni el esfuerzo es tan jigante
como á usted parecerá;
que sin duda no será
usted su primer amante.

SOFÍA. (Aparte.)

Oh! qué vergüenza!

GASPAR. (Aparte.) Yo sudo!

CÁRLOS. (Con impaciencia.)

Señor don Fernando!

FERN. Eh! calma.

Usted debe hablarla al alma,
y cederá, no lo dudo.
Si no es falsa su pasion,
si no la corrompe el vicio,
comprenderá el sacrificio
que exige su posicion.

ISABEL. (Mirando á Sofia.)

Oh! sin duda...

GASPAR. (Aparte furioso.) Qué cinismo!

Traidora! El furor me abrasa.

Fernando, ven...

- FERN. Qué te pasa?
 GASP. Tengo que hablarte ahora mismo.
 FERN. Pero al instante?
 GASP. Sí, al punto.
 FERN. Vamos. (A Cárlos.) Arriba dejé...
 CÁRLOS. Sí, unas cartas. (Aparte mirando á Sofia.)
 Volveré.
 FERN. (A Cárlos.) Ya hablaremos del asunto.
 (Se van Fernando y Gaspar por un lado y Cárlos por otro.)

ESCENA III.

ISABEL.—SOFÍA.

ISABEL. (Acercándose á Sofia y señalando la puerta por donde Cárlos ha desaparecido.)

Sabe que es amado?

SOFÍA. (Ocultando el rostro entre las manos.)

Oh!

ISABEL. Qué has hecho?

SOFÍA. Pero se ausenta
para siempre.

ISABEL. Y le has creído?

SOFÍA. A otro precio no supiera
nunca, no, la desdichada
pasion que mi pecho encierra.

ISABEL. Ay! á cuántas han perdido
tan engañosas promesas!
Cuántas que en ellas fiaron,
hoy su deshonra lamentan!

SOFÍA. Me haces temblar.

ISABEL. Haz que Cárlos
en esa boda consienta.

SOFÍA. Isabel! Acaso juzgas
ya tan grande mi flaqueza,
que al precipicio me arrastra,
si ese obstáculo no encuentra?
Aun sé vencerme.

ISABEL. Ha sabido

- callar tu pasión tu lengua?
- SOFÍA. Cruel!
- ISABEL. Perdona, perdona,
si te hablo con tal dureza;
mas lo primero es salvarte.
- SOFÍA. Pero si él de aquí se aleja.
- ISABEL. Puede volver... y aunque no,
si cumple fiel su promesa,
tanto peor: por tí renuncia
á esa boda, á su carrera,
y tú habrás sido la causa
de su perdición completa.
- SOFÍA. Ah! dices bien. Y que no
se me ocurriese esta idea!
Sí, le hablaré... Pero... cómo
persuadirle á que consienta?
Ay! en ese triste enlace
sin mí la dicha le espera...
No importa! Sea él dichoso...
Pero qué haré si se niega?
- ISABEL. El cederá si tú sabes
demostrarle indiferencia,
frialdad...
- SOFÍA. Nunca! imposible!
- ISABEL. Prefieres ver su miseria
y su ruina, ó que se quede
libre en Madrid y te pierda?
- SOFÍA. Ah! eso no. Sea él feliz:
el cielo me dará fuerzas.
- ISABEL. Ea, valor. Aquí está.
Yo daré pronto la vuelta. (Váse.)

ESCENA IV.

SOFÍA.—Después CARLOS.

- SOFÍA. Valor, se acerca la prueba:
finjamos, ya que es preciso.

- CÁRLOS. (saliendo con cierta marcialidad.)
Me alegro hallarla á usted sola.
- SOFÍA. Yo tambien me felicito:
con eso me aclarará
un enigma, un logogrifo
que no he podido entender.
- CÁRLOS. (Con asombro.)
Qué lenguaje! No adivino...
- SOFÍA. Pero tome usted asiento:
anda usted asombradizo.
- CÁRLOS. No entiendo. (Sentándose.)
- SOFÍA. Dígame usted
si ha recobrado su juicio.
- CÁRLOS. Esa pregunta, Sofía...
- SOFÍA. No vá fuera de camino.
Gracia, juventud, belleza
y un millon en efectivo
le tienden á usted los brazos,
y usted los desdeña arisco.
Quién tal hace, da sin duda
de poca razon indicios.
- CÁRLOS. Qué oigo! Y usted me aconseja?...
Usted, Sofía?..
- SOFÍA. Lo mismo
que todo el mundo: que debe
casarse.
- CÁRLOS. Sueño ó deliro?
Casarme!
- SOFÍA. Qué tiene usted?
Me va usted á hacer añicos
la silla.
- CÁRLOS. Basta de burlas,
que son para mí un suplicio.
- SOFÍA. Burlas? No tal... Ni comprendo
esa exaltacion. (Aparte.) Dios mio!
- CÁRLOS. Absorto estoy! Es posible?
Tan pronto dió usted al olvido
sus palabras, mi promesa,
los sofocados suspiros

que hoy, esta mañana, aquí,
respondieron á los míos?

SOFÍA. (Aparte.)

Cuánto me ama!

CÁRLOS.

Tiene usted

el semblante conmovido!

Acaso...

SOFÍA.

(Recobrándose.) Pues no? de asombro.

Ya está claro el acertijo.

CÁRLOS.

Sofía...

SOFÍA.

No pude nunca

sospechar que un juego frívolo

de palabras... cuatro frases

de novela... sin sentido...

dichas por matar el tiempo,

le hagan perder á usted el tino

hasta el punto de ofrecerme

tan enorme sacrificio.

Siento haber dado ocasion...

Si yo lo hubiera sabido...

Nunca me perdonaré

mi lijereza.

CÁRLOS.

Me admiro...

Mas no: imposible! No quiero

dar crédito á mis sentidos.

Usted se burla, Sofía,

ó quiere probar lo fino

de mi amor.

SOFÍA.

No, por Dios santo,

no dé usted en tal delirio.

Lo que yo quiero es que admita

tan ventajoso partido

sin vacilar. Quiero verle

á usted venturoso y rico.

CÁRLOS.

Con que todo ha sido un sueño?

SOFÍA.

Pues, ya lo dije: un capítulo

de novela que ofrecia

ser ameno; pero, amigo,

la realidad se interpuso

con su interés positivo
de un millon y una futura,
y aquí se acabó el capítulo.

CÁRLOS. Mi sangre hiela el asombro!
Con que es decir que ha servido
mi necio amor de juguete,
de pasatiempo y ludibrio?

(Arrancándose del frac la rosa del acto primero.)

Adios, pobre flor, emblema
harto significativo
de mis cortas ilusiones,
de mis burlados suspiros!
Muere en el polvo marchita,
y muera tambien contigo
la memoria de una ingrata!

(Arroja la flor.)

SOFÍA. (Haciendo un ligero movimiento para detenerle, y en el mismo momento aparece Isabel.)

Ah!... Isabel! A tiempo vino.

ESCENA V.

ISABEL.—SOFÍA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. (Tomando el sombrero para retirarse y saludando á Isabel.)
Señora...

ISABEL. Ya se va usted
asi que me ha visto entrar?

CÁRLOS. No quisiera incomodar.

ISABEL. Si no hay mas razon...

CÁRLOS. (Volviendo.) No, á fé.

Y aun hablarla á usted queria,
dándola cuenta de un paso...
Sabe usted que al fin me caso?
Me ha convencido Sofía.

ISABEL. Mucho celebros...

SOFÍA. (Aparte.) Tan pronto!

CÁRLOS. Todo bien considerado,
la boda es un gran bocado;

no quiero pasar por tonto.
 Dirán que soy un veleta,
 fútil, que en nada me fundo;
 pero quién en este mundo
 al que dirán se sujeta?
 Si mi parecer varió
 dos veces en solo un día,
 eso, qué importa? Sofía
 piensa lo mismo que yo;
 y mi razon inconstante
 de tal modo ha convencido,
 que rabio por ser marido,
 aunque mi futura espante.

ISABEL. No tal, que es bella.

CÁRLOS. Oh fortuna!

Ya en mi mente la imagino.

Alta, eh?

ISABEL. Buen talle.

CÁRLOS. Divino!

Y amable.

ISABEL. Como ninguna.

CÁRLOS. Oh, qué feliz voy á ser!

Buena voz?

ISABEL. Cierto, extremada.

CÁRLOS. Oh gozo! Y bien educada?

ISABEL. Y con talento.

CÁRLOS. Oh fortuna!

Dueño yo de tal tesoro,
 mi vida pasará en calma:
 tranquilo el pecho y el alma...
 Verá usted cuánto la adoro!

SOFÍA. (Aparte.) Qué tormento!

CÁRLOS. Y yo perdía

dicha tan pura y completa,
 por quién? por una coqueta
 que de mi amor se reía!
 Ciego para su desprecio,
 yo la adoraba rendido...
 Sofía me ha convencido

de que estaba haciendo el necio.

ISABEL. (Aparte á Sofia.)

Muy bien!

SOFÍA. (Aparte á Isabel.) Cuánto sufro!

CÁRLOS. En fin,

con mi ventura hago extremos...

ISABEL. Quiere usted que de esto hablemos
paseando en el jardin?

CÁRLOS. Por qué no? En cualquier lugar...

(Se dirige con Isabel hácia la puerta; pero se detiene al ver que Sofia permanece sentada.)

Pero y Sofia? no viene?

ISABEL. Está algo mala.

CÁRLOS. (Acercándose vivamente á Sofia.)

Qué tiene?

ISABEL. (Desde el foro.)

Necesita descansar.

CÁRLOS. (Bajo á Sofia.)

Sofía!

ISABEL. Iremos los dos.

CÁRLOS. (Bajo á Sofia.)

Ese llanto!... Me engañé?

SOFÍA. (vivamente á Carlos.)

Carlos, no se case usted...

Y que me perdone Dios.

CÁRLOS. (Con alegría.) Ah!

(Carlos obedeciendo á una seña de Sofia, se reprime, y reuniéndose con Isabel que se iba acercando á ellos, se van por el fondo. Pausa.)

SOFÍA. (Sola.) ¿Qué hice? ¡Desventurada!

Tan frágil era el cimiento

de mi virtud? Ha un momento

yo era una mujer honrada...

y ya mi teson rendido

por este funesto amor....

(Mirando á la derecha y estremeciéndose.)

Fernando! Me da rubor

la vista de mi marido.

(Se vá precipitadamente por la derecha.)

ESCENA VI.

FERNANDO. — GASPAS.

- GASPAR. Nada! está determinado:
quiero morir ó matar.
- FERN. Pero, querido Gaspar,
estás loco rematado.
- GASPAR. Oh sentina de traiciones!
Oh mujer, mujer, mujer!
- FERN. Pero, si no puede ser.
Repito que ves visiones.
- GASPAR. Yo que era azúcar y miel
para sus caprichos todos,
que la amaba de mil modos,
que siempre la he sido fiel!...
Yo, que he sabido extinguir
de mis pasiones la sávia,
para que ella en pago, oh rabia!
me convierta en un!...
- FERN. Reir
me harás al fin.
- GASPAR. Por qué no?
Esa risa maliciosa
siempre persigue y acosa
á maridos... como yo.
Risa fatal, que en un tris
pone al hombre mas pacato...
No hay mas remedio: hoy me mato
con ese chisgaravís.
- FERN. Pero, hombre, qué desatino!...
- GASPAR. Lo dicho: yo he de batirme.
Dí al fin si quieres servirme
en el lance de padrino.
- FERN. Tu empeño en vano me asedia;
pues aunque no fuera errada
tu necia sospecha, nada

el escándalo remedia.

La prudencia debe ser
la que en tal caso nos rija
y tan gran daño corrija.

—Mas yo no puedo creer
á mi prima tan liviana...

GASPAR. (Que ha estado mirando por la ventana.)

No? Tu ceguedad me admira.
Mira, hombre obcecado, mira,
mira por esa ventana!

FERN. Son ellos.

GASPAR. Y en el jardin!

FERN. Y hablan con mucho calor!

GASPAR. (Furioso.)

Lo ves? me alegro! mejor!
Dirás que sueño, verdugo?

FERN. Y qué animados están!

GASPAR. Parecen dama y galan
de un drama de Victor Hugo.
Hombre vil! Mujer taimada!
Terrible será la pena,
Desde aquí os juzga y condena
mi vengadora mirada.
Quiero matarle al momento.
Ven, sígueme...

FERN. Eh! poco á poco;
que tú estás loco, y un loco
hará, si le escuchan, ciento.

GASPAR. Aun dudas?

FERN. Sí, aunque me inquiete
algo que en ellos advierto.
Pero aquí vienen: lo cierto
nos dirá ese gabinete.

GASPAR. Medio gastado y mohoso.

Escuchar tras de una puerta!

FERN. Siempre que la encuentre abierta,
la aprovechará un celoso.

Ya que de ese mal padeces...

GASPAR. Y me negarás despues?...

FERN. Entra : verás como es
más el ruido que las nueces.

(Entráanse en el gabinete.)

ESCENA VII.

CÁRLOS.—ISABEL.

CÁRLOS. Ya Sofía no está aquí.

ISABEL. Siento que se haya marchado:
le hubiera á usted condenado.

CÁRLOS. Paciencia ! yo soy así.

ISABEL. Hay hombre mas informal?

CÁRLOS. El dote me deslumbró;
pero el aire libre heló

mi entusiasmo conyugal.

No hay ya razon ni dinero

que me arranquen de mi tema.

Vuelvo á mi antiguo sistema,

y juro vivir soltero.

ISABEL. Eso no explica bastante...

CÁRLOS. Quizá otra razon me asista.

ISABEL. Y cuál es ?

CÁRLOS. Salta á la vista.

Mi natural inconstante.

ISABEL. Que dirá usted , si yo atino

con otra ménos vulgar?

CÁRLOS. Será mucho adivinar.

ISABEL. Algo tengo de adivino.

CÁRLOS. Cuando á mí no se me alcanza...

ISABEL. Abí verá usted.

CÁRLOS. Es la razon ?...

ISABEL. Que de su antigua pasion

aun no ha muerto la esperanza.

CÁRLOS. Já, já ! donosa manía !

Bien puedo jurar á usted...

ISABEL. Ya. Tambien adiviné

que usted me lo negaria.

CÁRLOS. Está usted en un error

y por cierto bien extraño,
me ha curado un desengaño
que es el remedio mejor.

ISABEL. Pero antes fué usted querido.

CÁRLOS. Creí en sus palabras necio.

ISABEL. Mas del reciente desprecio...

CÁRLOS. Me vengo con el olvido.

ISABEL. Si con tal filosofía,
no me quiere usted engañar,
bien hace usted en no esperar
en el amor de Sofía.

CÁRLOS. (Sorprendido.)

Usted sabe!...

ISABEL. Nada ignoro;

y es inútil añadir
qué yo siempre he de impedir
cuanto ofenda á su decoro.

CÁRLOS. Excusadas prevenciones,

ahora que ya indiferente
ni inspira amor, ni lo siente.

ISABEL. Dejemos vanas razones.

Quando salimos de aquí,
habló usted bajo á Sofía:
qué le respondió?

CÁRLOS. A fé mia...

ISABEL. Por desgracia nada oí,
pero es cosa averiguada,
sin que negármelo baste,
que su respuesta dió al traste
con la boda proyectada.
Me he equivocado?

CÁRLOS. En verdad,
ni aun comprendo á usted.

ISABEL. Lo siento.

CÁRLOS. Mi falta de entendimiento...

ISABEL. Es falta de voluntad...

Tal vez yo dé con el testo.
Diría... ¿á ver?... « Si he fingido
indiferencia, he mentado... »

- »No se case usted. » No es esto ?
- CÁRLOS. Puede usted , si es que le agrada, dar esa interpretacion...
- ISABEL. Eso, es una confesion?
- CÁRLOS. (Levantándose.)
Esto es una retirada..
- ISABEL. Que me deja vencedora.
- CÁRLOS. Como usted guste.
- ISABEL. Es notorio.
- CÁRLOS. Basta de interrogatorio.
A los piés de usted, señora. (Se va por el fondo.)

ESCENA VIII.

FERNÁNDO.—GASPAR.—ISABEL.

- GASPAR. (Abriendo la puerta.)
Ya se fué. Salgamos.
- ISABEL. (Volviendo la cabeza.) Quién?
Fernando aquí? Santos cielos!
- FERN. (Sonriendo.)
Yo mismo, querida prima.
- GASPAR. (Queriendo abrazar á Isabel.)
Y yo que á tus brazos vuelo
y á tus plantas...
- ISABEL. Eh! ya basta.
- GASPAR. Ay! se me ha quitado un peso!..
- ISABEL. Habeis oido?
- FERN. Sí, todo.
- ISABEL. Dios mio! (vivamente.) Mas tus recelos
debes calmar, pues Sofía
responde con el desprecio...
- FERN. Prima, repito que todo
lo oí, y todo lo comprendo.
- ISABEL. Infeliz!
- GASPAR. Pobre muchacho!
Y yo que me pavoneo!..
- ISABEL. Oh! esa calma; esa sonrisa,
Fernando, me causan miedo.

FERN. Y por qué? Yo estoy tranquilo!

GASPAR. (Con gravedad cómica.)

No te olvides de mi ejemplo.

La prudencia en tales casos
es el único remedio..

FERN. Gracias, Gaspar; pero yo
no necesito el consejo.

Aun la virtud en Sofía
conserva su noble esfuerzo:
lucha; pero vencerá
si yo mi mano la tiendo.

Por su resistencia es digna,
no de castigo, de premio.

Quien diga otra cosa, miente.

GASPAR. Bien: no riñamos por eso.

(Aparte.)

Cáspita! es un gran filósofo.

FERN. (Pensativo.)

En cuanto á Carlos... Oh! siendo
mi amigo!.. Pero hace al fin
lo que todos los solteros.

GASPAR. Trátale sin compasion;
ponle en la calle al momento.

FERN. No: mejor es que él se vaya
y reconozca su yerro.

GASPAR. Cómo! quieres?..

FERN. Humillarle;

confundirle bajo el peso...

En fin, yo tengo mi plan.

Mas es fuerza lo primero,
que Sofía ignore...

ISABEL. Nada

sabrás, yo te lo prometo.

FERN. Necesito hablarla; quieres, (A Isabel.)

decirla que aquí la espero?

ISABEL. Voy.

GASPAR. Espérame, querida;

que tambien los dos tenemos

que hablar.

FERN. Es justo, y de cosas
más gratas.

GASPAR. Gracias al cielo.

(A su mujer en el foro, señalando á Fernando.)

Qué calma! qué sangre fría
en tan terrible momento!

ISABEL. Aprende tú.

GASPAR. Vamos, es
un filósofo completo.

(Vánse Isabel y Gaspar.)

ESCENA IX.

FERNANDO.

Oh! ya estoy solo... ya puede

salir al rostro el tormento

que me despedaza el alma,

que me consume aquí dentro...

Sofía!... no por mi honor,

por tí estas lágrimas vierto.

Mi honor, yo le salvaré:

es también tuyo; es el nuestro...

el nuestro, sí, única prenda

que ya entre los dos tenemos.

Pero... y su amor? Insentato!

le he perdido sin remedio!

Terrible golpe, terrible!

Adios, ventura! Adios, sueños

dulcísimos, que me dábais

en mis trabajos aliento!

Por ella, por ella solo...

redoblaba mis esfuerzos:

y el ardor de mis vigalias,

y mis continuos desvelos,

con verla feliz quedaban

pagados y satisfechos.

Sí, yo arrancaré la vida

al que tanto mal me ha hecho.

Mas... su vida miserable,
 qué me importa? Lo que anhelo
 es ese amor que me roba,
 que es mi existencia, mi aliento...
 Oh! sí, y se le arrancaré,
 lo necesito, lo quiero.
 Ea, valor!... Por qué un marido,
 á falsas leyes sujeto,
 ó ha de sufrir resignado
 ó ha de ensangrentar sus celos?
 Vanas quimeras del mundo!
 No es mi rival? pues luchemos.
 Sí, sí, cada vez me inspira
 mas confianza mi proyecto.
 O yo con mis beneficios
 confundo su atrevimiento,
 ó bajamente cobarde
 me ofende y disfruta de ellos;
 y en tal caso, que Soffía
 compare!... Oh! sí, nada temo.
 Si aun la virtud ardé en ella,
 si aun conserva sus reflejos,
 volverá á amarme... no háy duda.
 Aquí está... voy á saberlo.

ESCENA X.

SOFÍA.—FERNANDO.

SOFÍA. Me llamabas?

FERN. Sí, querida.

Voy á partir al momento.

Supongo que habrás cuidado
 de que todo esté dispuesto.

SOFÍA. Sí... la maleta... ya dí
 mis órdenes.

FERN. No hablo de eso.

Tal vez me quede esta noche
 en Madrid... en fin, veremos.

Los primos tendrán corrientes
 las dos alcobas del centro.

En cuanto á Carlos...

SOFÍA. (Aparte.) Qué escucho!

FERN. (Aparte.) Se turba. (Alto.) Le alojaremos
 en el piso alto.

SOFÍA. (Turbada.) Imposible.

FERN. Y por qué? pues no tenemos
 allí una alcoba vacante?

SOFÍA. (Idem.) Sí; mas un jóven soltero...
 estando tú ausente... no
 está bien visto...

FERN. Durmiendo
 aquí los otros...

SOFÍA. Con todo:
 no te empeñes...

FERN. Sí me empeño.
 Es mi amigo, y por lo mismo
 parece que te has propuesto
 contrariarme... y ya es mania...

SOFÍA. Será lo que quieras; pero
 que no duerma aquí esta noche:
 te lo suplico... lo quiero.

FERN. (Aparte con alegría.)
 Le teme! aun puedo salvarla.
 (Alto.) Vaya, no te irrites, bueno.
 La posada es excelente;
 y por una noche...

ESCENA XI.

CÁRLOS.—SOFÍA.—FERNANDO.

SOFÍA. (Aparte, viendo á Carlos.) Cielos!

CÁRLOS. (Aparte, deteniéndose en la puerta al ver á Fernando.)
 Con su marido!

FERN. Hola, Carlos!
 Entre usted, querido. Tengo
 que ir á Madrid esta tarde;

pero en cambio pasaremos
mañana juntos el día
como amigos verdaderos.

CÁRLOS. Con mucho gusto.

FERN. La noche
será algo mala: no hay medio
de alojarle á usted aquí.
Estas casas de los pueblos...
tan mal dispuestas!

CÁRLOS. Qué importa?

En la posada...

FERN. Lo siento,
porque le aprecio á usted mucho. (Le dá la mano.)

SOFÍA. (Aparte.) Oh! por los dos me avergüenzo.

FERN. (A Sofía.) Dónde vas?

SOFÍA. Por si algo falta...

FERN. Bien. Yo te sigo al momento. (Váse Sofía.)

ESCENA XII.

FERNANDO.—CÁRLOS.

FERN. La posada es muy decente;
pero con todo, yo siento
que no haya aquí un aposento...

CÁRLOS. Así está perfectamente.

FERN. Bien pobre hospitalidad
es la que darle consigo:
mas ya sabe usted, amigo,
que es grande mi voluntad...
Y que así y de cualquier modo
siempre á servirle me ofrezco.

CÁRLOS. (Confuso.)

Mil gracias... Yo no merezco...

FERN. Usted lo merece todo.

El trato me ha descubierto
en usted un jóven cabal,
amigo franco, leal...
No es así?

CÁRLOS. Sin duda, cierto.

FERN. Usté hace en fin que yo ame
de la amistad los encantos,
hoy que en la boca de tantos
es una mentira infame;
y que irresistible sienta
algo en mí que me convida
á descubrirle la herida
de un pesar que me atormenta.

CÁRLOS. Usté un pesar?

FERN. (Snspirando.) Y profundo.
Mi alegría es un engaño,
que nada tiene de extraño.
Quién no finge en este mundo?
Yo, más que nadie, ocultar
necesito mi tormento,
pues de este dolor que siento
se suele el mundo burlar;
y su risa maliciosa
persigue al pobre marido,
que pena porque ha perdido
el cariño de su esposa.

CÁRLOS. Cómo! Cree usted que Sofía?..

FERN. A usted solo me confío..
Sí, su corazón del mío
se aleja más cada día..

CÁRLOS. Se aleja?

FERN. Y la causa ignoro.

CÁRLOS. (Con timidez.)
Sospecha usted si otro amor?

FERN. Sofía nunca á mi honor
faltará ni á su decoro.
Mas verla ménos amante
no es ya sobrado martirio?

CÁRLOS. Usted la ama?

FERN. Con delirio;
como en el primer instante;
más aún; que hoy mi pasión
es de mi vida el anhelo.

Por ella trabajo y velo,
 por ella tengo ambición;
 por ella el valor se encierra
 que me sostuvo hasta aquí;
 si ella se aparta de mí,
 todo me sobra en la tierra.

CÁRLOS. Quizá usted (Aparte.) (Qué le diré?)
 está sin causa creyendo...

FERN. Ah! no: su amor voy perdiendo.
 Si yo supiera por qué!...
 Solo un medio se me alcanza:
 por eso á usted me confío:
 tiene usted, amigo mio,
 en sus manos mi esperanza.

CÁRLOS. Yo! cómo?

FERN. Sí. (Aparte.) (La verdad
 así averiguar podré.)
 Sofía le aprecia á usted:
 conquistó su intimidad.
 Si es que en algo la ofendí...
 —es orgullosa; y yo infero
 que se lo dirá primero
 á un amigo que no á mí.

CÁRLOS. Permita usted que me asombre;
 mas tan grave compromiso...

FERN. Lo reclamo, si es preciso,
 de la amistad en el nombre.
 Para un alma bien nacida
 jamás este nombre es vano.
 En fin tiene usted en su mano
 mi felicidad, mi vida.

CÁRLOS. Pero...

FERN. (Mirando el reló.) Es hora de salir,
 querido. Ya entre los dos
 nada hay reservado. Adios.
 (Aparte.)

Puedo sin temor partir. (Vase.)

ESCENA XIII.

CÁRLOS.

Angustiosa situación!
Sofía es su amor, su bien...
Pero yo la amo también,
y no cedo mi pasión.
El amor no escucha nada:
no hay para él amigo, hermano...
Mas... cómo estrechar su mano?
cómo arrostrar su mirada?
Mentir siempre y engañar
al que noble en mí confía!
Oh! qué idea! El alma mía
no la puede soportar.
Hoy me indigna tal vileza;
mas que aceptarla tendré,
y al fin me acostumbraré
á tan cobarde bajeza...
Nunca!... no. Tan torpe dolo
repugna á un hombre de honor.
Ya no le queda á mi amor
más que un recurso... uno solo.
Si á seguirme se resigna
Sofía... Sí: estoy resuelto.

ESCENA XIV.

GASPAR.—CÁRLOS.

GASPAR. (Aparte.)

Aquí está: ya no le suelto,
cumplamos con la consigna.

CÁRLOS. (Aparte cogiendo el sombrero.)

Este importuno me acosa.

GASPAR. Oh! aquí está usted, amigoito?

Daremos un paseito:

la tarde está deliciosa.

CÁRLOS. Mil gracias: perdone usted.
Estoy rendido, deshecho.

(Se sienta maquinalmente junto á la mesa de juego.)

GASPAR. (Sentándose al otro lado de la mesa.)
Ya!... usted prefiere... bien hecho,
una mano de *ecarté*.

(Dándole cartas.)

Este juego es mis amores.

CÁRLOS. (Levantándose sin hacerle caso.)
Y Fernando?

GASPAR. (Levantándose también, con las cartas en la mano.)

CÁRLOS. Se ha marchado

dejándome encomendado

que le haga á usted los honores.

GASPAR. Ya ve usted: soy responsable
si obsequiarle no consigo.

CÁRLOS. (Bruscamente.)

Perderá usted el tiempo, amigo:
tengo un humor detestable.

(Se pasea por la escena.)

GASPAR. (Siguiéndole.)

Oh! para tales momentos...

CÁRLOS. (Aparte.)

Qué haré para que se aleje?

GASPAR. La amistad...

CÁRLOS. (Con impaciencia.) Sin cumplimientos.

Mejor es que usted me deje.

GASPAR. Eso no: yo en ciertos puntos

soy...

CÁRLOS. (Exasperado.) Un posma sempiternó!

GASPAR. A dónde vá usted?

CÁRLOS. (Desde la puerta.) Al infierno!

GASPAR. (Corriendo tras él.)

Aguarde usted: iremos juntos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SOFIA, de pié.—GASPAR.—CARLOS.—ISABEL, sentada en en el sofá.

GASPAR. Soberbiamente he comido.

ISABEL. Como siempre.

GASPAR.

No.

ISABEL.

Sí tal.

GASPAR. Pues hay hombre más frugal?

Mi comer es comedido.

ISABEL. Quién lo duda?

GASPAR.

Ya se vé:

lo que es hoy, sí, lo confieso,

ha habido un poco de exceso;

pero en tomando café...

SOFIA. Ten esa taza. (Alargándole una.)

GASPAR.

(Tomándola.) Agradezco,

amable prima, el favor.

Oh soberano licor!

(A Carlos.)

Perdone usted: no le ofrezco.

SOFIA.

Tiene aquí. (Dando otra taza á Carlos.)

CÁRLOS.

(Tomándola.) Gracias, señora.

GASPAR.

(Aparte.) Qué satisfechos están!

Pensará este perillan

que su secreto se ignora.

(Alto.) Pues, señor, bravo! Fumemos,

(Ofreciendo un cigarro á Carlos.)

Gusta usted?

CÁRLOS. Aun no.

GASPAR. Por qué?

Para cuando deja usted?...

CÁRLOS. (Displícite.)

Que no!

GASPAR. Bien: no regañemos.

CÁRLOS. (Ap. á Sofía.)

No hemos de hablar?...

SOFÍA. (Ap. á Carlos.) Imposible.

ISABEL. (Ap. á Gaspar.)

Quisiera á solas con ella...

GASPAR. Bien: entiendo. (Lo mismo á Isabel.)

(Yéndose hácia la ventana.) Está muy bella

la noche, muy apacible

(Volviendo al proscenio.)

Carlitos, por el desaire

merece usted un castigo.

CÁRLOS. Cuál?

GASPAR. El venirse conmigo...

CÁRLOS. Pena es.

GASPAR. A tomar el aire.

CÁRLOS. Buena ocurrencia! Y qué fin?...

GASPAR. Toma! Qué fin? Pasear,

distraernos y gozar

la frescura del jardin.

CÁRLOS. Gracias.

GASPAR. Ya que usted no quiso

que al infierno le siguiese,

déjeme llevarle á ese

verjel, que es un paraiso.

CÁRLOS. La luna se va á cubrir.

GASPAR. La calle que va á la arqueta

del estanque es bien escueta:

por allí podemos ir.

CÁRLOS. Sí; pero si no me engaño,

no tiene el arca brocal,

y es cosa que sienta mal

- darse sin querer un baño.
- GASPAR.** Cá!
- CÁRLOS.** Yo descansar prefiero.
- GASPAR.** Estará dura la almohada.
Al fin cama de posada...
- CÁRLOS.** (Aparte.) (Maldito hablador!) Espero
que no.
- GASPAR.** Tampoco propicio
se muestra usted? (Aparte.) (Qué humor tiene!)
Hombre, si á usted le conviene
un poquito de ejercicio.
- CÁRLOS.** Mañana, sí.
- GASPAR.** Vamos: ¡ea!
- CÁRLOS.** Don Gaspar, es fuerte empeño...
- GASPAR.** Y me ocurre... Oh halagüeño
proyecto, sublime idea!
Nos columpiaremos, sí:
ah! columpiarse á la luna,
es mucha...
- CÁRLOS.** Mucha tontuna.
- GASPAR.** Pues yo no salgo de aquí
sin usted.
- CÁRLOS.** (Colérico.) Pues yo...
- ISABEL.** Silencio!
Mover un pleito por nada!
- GASPAR.** Sentencia tú.
- ISABEL.** Interesada
soy.
- GASPAR.** No importa.
- ISABEL.** Pues sentencio
por crimen de rebeldía
á Carlos...
- CÁRLOS.** A qué?
- GASPAR.** Isabel,
no tengas lástima de él.
- ISABEL.** A que te haga compañía.
- GASPAR.** Vé usted?
- CÁRLOS.** (A Isabel con intencion.) El aviso aprecio.
No estorbaré. (Dirigiéndose á la puerta.)

GASPAR. (A ellas.) Adios. (Ofreciendo á Carlos el brazo.) Suplico...
(Aparte.)

Yo he de aburrir á este chico.

CÁRLOS. (Rechazándole y saliendo tambien.) (Yo voy á ahogar á este necio.) (Aparte.)
(Vánse los dos.)

ESCENA II.

SOFÍA.—ISABEL.

ISABEL. Sofía...

SOFÍA. Isabel...

ISABEL. Tú sabes que Carlos se vuelve atrás, y ni pensar quiere más en boda?

SOFÍA. Motivos graves tendrá, sin duda.

ISABEL. Si á fé. Pero no te ha dicho?..

SOFÍA. Cuándo? Desde que partió Fernando, yo de tí no me aparté.

ISABEL. Y no te dijo antes nada?

SOFÍA. A mí... no.

ISABEL. Ni le dijiste?

SOFÍA. No.

ISABEL. Con que no?

SOFÍA. Tú lo viste.

ISABEL. Ay! veo, desventurada, veo la fatal pendiente que á tu ruina te acelera. Sofía, á la compañera de su niñez, ya le miente!

SOFÍA. Yo!

ISABEL. Para que el sí mudase Carlos al punto en el no,

es claro que álguien debió prohibirle que se case.

SOFÍA. Pero...

ISABEL. Reserva y ardid conmigo ensayando vas: mañana los usarás con el que marchó á Madrid.

SOFÍA. No más tormento me des cuando el pecho me devora mi dolor.

ISABEL. Si esto es, ahora, qué será de tí despues?

SOFÍA. No puede el amor trocar en delicia mi dolor?

ISABEL. Solo da dicha el amor que se puede confesar: si á guardarle nos obliga preso cual víbora ingrata, á un descuido muerde y mata al misero que la abriga: de tal amor, es demencia esperar mas que sonrojos y angustias, llanto en los ojos, y amargura en la conciencia. Yo lo sé.

SOFÍA. Qué! Tú está' lucha probaste que me quebranta?

ISABEL. No fué con violencia tanta; pero sin embargo... Escucha.

SOFÍA. Dí.

ISABEL. Llamado por Gaspar, un muchacho, su sobrino, de allá de Manila vino á nuestra casa á parar. Gaspar, que con tal exceso teme que á su fé me roben, creyó que el dichoso jóven no era de carne y de hueso. Con él entraba y salía

yo, y él me miraba estático:
 en fin, el sobrino asiático
 se enamoró de su tia.

SOFÍA. Y tú, Isabel?

ISABEL.

Lo que es yo
 á tiempo advertí con susto
 que le hablaba muy á gusto,
 cuando á mi marido no.
 Y él, el bendito varon,
 exclamaba cada instante:
 «Magnífico vigilante
 hice venir de Luzon!
 El es todo un buen pariente
 y tú no lo puedes ver:
 por eso le has de tener
 de guardian eternamente.»
 Tantas veces repitió
 la cansada letania,
 que ya, de vergüenza, un dia
 la paciencia me faltó,
 y prorumpí: «No es el tal
 niño lo que tú imaginas:
 vuélvemele á Filipinas,
 que en Madrid se porta mal.»

SOFÍA. Tal dijiste!

ISABEL.

Yo irrité
 la celosa condicion
 de Gaspar; con ocasion
 semejante, cuanto ve
 le amedrenta; pero mil
 veces más quise venderme,
 que engañarle y conocerme
 cónyuge pérfida y vil.
 Aprende, Sofía, y piensa
 que aunque afortunado el vicio
 se libre de otro suplicio,
 para este nunca hay defensa:
 y segun reconocí,
 prima, jurarte no dudo

que el tormento más agudo
es despreciarse uno á sí.

ESCENA III.

CÁRLOS, que llega apresurado.—SOFÍA.—ISABEL.

CÁRLOS. Isabel!!

ISABEL. Quién. (Aparte.) Qué pesado!

SOFÍA. (Aparte.) Carlos! A qué tiempo llega!

CÁRLOS. Su esposo de usted me ruega...

ISABEL. Estése usted á su lado,
y entreténgale, por Dios.

CÁRLOS. És que...

ISABEL. No importa...

CÁRLOS. Es que ahora...

ISABEL. Bien...

CÁRLOS. Pero...

ISABEL. Si usted...

CÁRLOS. Señora,
hablando á un tiempo los dos,
cómo entendernos?

ISABEL. En fin...

CÁRLOS. En fin, oiga usted: su esposo
que cual niño bullicioso
triscaba por el jardín,
se aproximó en un arranque
de buen humor.

ISABEL. Se ha caído?

CÁRLOS. Es igual: se ha zambullido
en la arqueta del estanque...

ISABEL. Cómo! Y está?...

CÁRLOS. Hecho una sopa.

ISABEL. Ha perdido la chabeta?

CÁRLOS. El quiere abrir la maleta
para mudarse de ropa.

ISABEL. Ah! la llave... Al punto vuelvo. (Váse.)

ESCENA IV.

SOFÍA.—CARLOS.

CÁRLOS. Gracias á Dios! Y aun queria
que le hiciese compañía!

SOFÍA. (Aparte.) Vacilo, y nada resuelvo.

CÁRLOS. (Aparte) Triste está.

SOFÍA. Cárlos!

CÁRLOS. Sofía!

Usted llorosa! Qué miro?

Qué es esto que llevo á ver?

SOFÍA. Que no sé como respiro
ya, porque en este retiro
todos me hacen padecer.
Ya adivinan lo que hablamos,
ya saben que nos amamos,
ya lo llegan á decir:
es preciso que mintamos,
y yo no acierto á mentir.

CÁRLOS. Oh halagüeña simpatía,
que descubro con encanto!
En busca yo de Sofía,
únicamente venia
para decirle otro tanto.
Mal disimulada está
nuestra pasion por nosotros,
y en cara nos la echan ya:
Fernando por sí ó por otros
á entenderla llegará.

Él, bajo la fé de amigo,
declarándose conmigo,
de usted me dió quejas hoy.

SOFÍA. Él de mi? Perdida soy!

CÁRLOS. Despues de esto, cómo sigo
á su lado, recibiendo
su confianza fatal?

Engaño tan criminal

más justo hará y más tremendo
el encono de un rival.

No me asusta su venganza:

soy libre y tengo valor;

pero á usted en su furor,

á usted su poder alcanza:

por usted es mi temor.

Usted, sin que yo lo impida,

la fama tiene vendida,

en riesgo la libertad,

la vida, que es de mi vida

inseparable mitad.

SOFÍA. Fama! vida!...

CÁRLOS.

Y me sonrojo

de tener á cada instante

que forzar lengua y semblante

á fingir; el franco arrojo

le está mejor á un amante.

Grave riesgo nos acosa;

cualquier dilacion nos daña:

es ya la ocasion forzosa

de huir de Villaviciosa

y despedirnos de España.

SOFÍA. La fuga!... Cárls, piedad!...

Qué será del desgraciado

que fió de su amistad?

CÁRLOS.

Y si usted queda á su lado,

y averigua la verdad?

SOFÍA.

Ay! no.

CÁRLOS.

En remotós extremos

un asilo encontraremos,

y en él sosiego profundo.

SOFÍA.

Con nosotros llevaremos

la reprobacion del mundo.

CÁRLOS.

Ella el vinculo será

que para siempre unirá

la suerte de usted y mia:

sola en el mundo Sofia,

de mí necesitará.

SOFÍA. Pero, si yo me aventuro,
 si mancho mi nombre puro,
 si á la ignominia desciendo,
 valdrá nuestro bien futuro
 lo que el mal que estoy sintiendo?

CÁRLOS. Injusta cavilacion,
 que oigo con pena, y rechazo
 con amante indignacion!
 Diga sin tregua ni plazo
 si es mio ese corazon.

SOFÍA. Ingrato! Ingrato!

CÁRLOS. Usted ama,
 y en huir no condesciende!

SOFÍA. Amor los brazos me tiende;
 pero esta mansion me llama
 con voces que usted no entiende.

CÁRLOS. En tribunal de un tirano
 se ha de venir á trocar;
 mientras en pais lejano
 para usted mi amante mano
 labrará templo y altar.
 Elegir es menester
 entre el que anubla esos ojos
 con llanto de padecer,
 y yo que en tiernos despojos
 les rindo mi aliento y ser.
 O Fernando ó Carlos.

SOFÍA. Pida
 usted si quiere, mi vida:
 la daré sin dilacion;
 pero esa fatal partida...

CÁRLOS. Será nuestra salvacion.

SOFÍA. Me mata el permanecer,
 Carlos; me mata el partir:
 quiero acabar de vivir;
 pero no puedo escoger
 la manera de morir.

CÁRLOS. Usted rehusa... llorando!

SOFÍA. No, no lloro, no! Por Dios...

CÁRLOS. Yo ya no obedezco; mando.
Aquí volveré á las dos...
y partiremos.

SOFÍA. (Mirando á la puerta.) Fernando!

ESCENA V.

FERNANDO, con un legajo de papeles debajo del brazo. —

SOFÍA—CÁRLOS.

FERN. El mismo.—Aquí estoy de vuelta.
(Aparte.) Llegó el trance.

CÁRLOS. Hado cruel!

FERN. Cárlos! Sofía! Me alegro
de hallaros. Al fin logré
la ocasion.—He andado listo...

SOFÍA. (Aparte.) Cielos!

FERN. Y ya cayó el pez.

SOFÍA. (Aparte.) Ay de mí!

CÁRLOS. Y bien...

FERN. (Aparte. Observándolos.)

Qué semblantes!

(A Sofía, dándole una cajita.)

Mas tú la primera... Ten...

SOFÍA. (Sobresaltada.)

Ah!

FERN. Para tí un aderezo
de brillantes... para usted,

(Entregando á Cárlos un papel.)

un destino: á eso aludia

lo que dije cuando entré.

El pez es una placita

con sueldo de veintiseis.

CÁRLOS. (Después de leer el papel.)

(Aparte.) (Me protege cuando...) Gracias;

pero...

FERN. Vamos; pero qué?

CÁRLOS. Me es imposible aceptar.

FERN. Imposible? Qué ha de ser?

- Es muy fácil.
- CÁRLOS. Yo... mi padre
quizá...
- FERN. Padre dirá amén;
y si no, con cuatro letras
que yo le escriba...
- CÁRLOS. Tendré
que declarar sin rebozo
el inconveniente...
- FERN. A ver...
- GASPAR. Usted lo sabe.
- FERN. Yo?... Calla!
Lo de los amores, eh?
- CÁRLOS. Sí, señor.
- FERN. Pues es motivo!
- CÁRLOS. No le hay de más interés
para mí.
- FERN. Hombre, la oficina
deja horas en que atender
el amor; el caso debe
pensarse con madurez.
- CÁRLOS. Todo lo he pensado ya:
cedo á la imperiosa ley
de amor, y me voy de España
para... para no volver!
- FERN. Ella lo exige?
- SOFÍA. (Aparte.) Dios mio!
- CÁRLOS. Ella misma...
- FERN. Ya lo sé.
- CÁRLOS. Y debe seguir mi suerte.
- SOFÍA. (Aparte.) Cielos!
- FERN. Ella huye!... Pardiez
que ese triunfo no parece
de enamorado novel.
- CÁRLOS. Yo soy...
- FERN. Un loco de atar.
Ahí es una pequeñez!
Llenar de infamia á una pobre
señora!... Yo no sé quién

será; sin embargo, apuesto,
seguro de no perder,
á que vale, aun ahora mismo,
veinte veces más que usted.

SOFÍA. (Aparte.) Ay! Me mata!

CÁRLOS. Yo no niego . . .

FERN. Pasagera languidez
de alma y cuerpo, ociosidad,
capricho y melindres, hé
aquí los cuatro elementos
que vendrán á componer
lo que ella juzga pasion
por sobra de candidez.
Se imaginará olvidada
de su marido, porque
no la tratará el cuitado
como en la luna de miel.
Y él quizá la quiera mucho;
pero si ella dá en creer
lo contrario... mal vá el pleito
si está sobornado el juez.

SOFÍA. (Aparte.) Por mí lo dice: no hay duda.

FERN. Oh! Si un espejo tan fiel
como lo hay para el semblante,
para el alma hubiese! cien
engaños allí saldrian
en toda su desnudez.—
De improvisados amantes
viérase entonces la fé...
y el alma de algun esposo
mostrárase allí tambien.

SOFÍA. (Aparte.) Qué tormento!

CÁRLOS. En fin...

FERN. En fin,

yo no debo defender
á un hombre, que no hace nada
para excusarse un revés.
Por ustedes me intereso.
Por usted y esa mujer,

que poseidos ahora
de frenética embriaguez,
no saben ni se figuran
lo que les va á suceder.

SOFÍA. Viviendo juntos entrambos...

FERN. Y el día en que os separeis?

CÁRLOS. Nunca llegará ese día.

FERN. No ha de llegar la vejez?
no ha de alcanzaros el tédio?

no han de haceros entender
la conciencia y la razón
sus voces alguna vez?

La desgracia, que no guarda
respeto al hombre de bien,
retirá del culpado
su cáliz de áspera hiel?

Y heridos del infortunio,
cómo dudar que exclameis:
«los cielos vengan al fin
»á la virtud que ultraje?»

SOFÍA. Ah!

CÁRLOS. Ya es tarde...

FERN. Supongamos

(y es bastante suponer)

que usted y su incauta cómplice
favorecidos se ven

de la fortuna, y que viven
en paz un año, dos, tres.

Usted, si señor, quizá
no tenga que apetecer;

lo que es ella, aun en la cumbre
del fausto y la esplendidez,
aun ha de anhelar allí

la joya de más valer
para una dama, la estima

de las gentes de honradez,
el envidiable derecho

de poder decir quién es
y asir en público un brazo

sin sentir fuego en la tez,
 CÁRLOS. Eso...

FERN. Estoy es la ley uatural,
 Cárlos, y ántes ó despues
 ha de cumplirse: y entónces,
 por Dios, que será cruel
 para esa infeliz, los ojos
 á lo pasado volver
 acordándose del hombre
 hoy en igual viudez.
 que un dia se entronizó
 bajo el conyugal dosel,
 de virginal azucena
 ceñida la pura sien.
 Otras atenciones, otro
 concepto gozó con él:
 pero aquello se acabó:
 podrá, besándole el pié,
 darle culto su galan;
 darle honra, no. Debé pues
 la triste, ó bien aceptar
 con procaz intrepidez
 su mengua, ó sufrir, sufrir
 y callar.

CÁRLOS. No: yo sabré...

FERN. Si observa usted que suspira
 por quien logró su primer
 amor, no se ofenderá
 su juvenil altivez?
 Tendrá usted envidia, celos:
 principiarán el desden
 y el disgusto, vendrán luego
 las disputas en tropel,
 los lloros; se irá acercando
 con su escandaloso tren
 el rompimiento; y al fin,
 ella arrepentida, infiel
 usted, ambos enemigos,
 ambos con baja doblez

engañándose, otra fuga,
 más dolorosa que fué
 la primera, deshará
 la ya imposible estrechez.
 Lazo que el delito anuda,
 el ódio le ha de romper.

SOFÍA. (Aparte.)

Oh! Qué horror!

FERN.

Tal es en toda

su pompa y su brillantez
 la suerte próxima y cierta
 que se pueden prometer
 usted y su dama... Pero
 cuidado, que aun olvidé
 lo mejor. Si tiene hijos
 ella ya... Dios de Israel!
 Los echa ménos? Entonces
 mucho llanto ha de verter.
 No los llora? Entónces, Cárlos,
 qué corazon será aquel?

Si usted la quiere de veras,
 qué diantre! quiera su bien.

—Persuádele tú, Sofía;
 enséñale su deber.

La elocuencia es en vosotras
 mas eficaz. Salvadé

de ese abismo... Yo, por no
 tardar, vengo sin comer:

con que así, voy... (Conmovido.) Adios, Cárlos:
 adios por última vez!

(Tomando el legajo de papeles y saliendo.)

(Aparte.)

Señor, mi honra os encomiendo.

Qué mas he podido hacer?

ESCENA VI.

SOFÍA.—CÁRLOS.

CÁRLOS. Sofía...

SOFÍA. Don Carlos, esto
se acabó.CÁRLOS. Queda acabado.
No quiero ser humillado
más, y parto.

SOFÍA. Presto, presto.

CÁRLOS. Adios.

SOFÍA. Para siempre.

CÁRLOS. Ah!

Sí.

SOFÍA. Sí. Qué culpables éramos!

CÁRLOS. Ojalá no nos hubiéramos
visto nunca!

SOFÍA. Ay! Ojalá! (Vase Carlos.)

ESCENA VII.

SOFÍA.

Justo cielo, en qué pensé
cuando á mi esposo y á Carlos
tan bien presumí juzgarlos,
y tanto me equivoqué?
Cómo rehusé por dueño
yo con ceguedad siniestra
á quién tan alto se muestra
sobre quien es tan pequeño?
Fernando! Ay! Rotas aquellas
antiguas, dulces lazadas,
cómo sufrir tus miradas,
y cómo vivir sin ellas?
Fernando!—Oh rubor! El es!

ESCENA VIII.

FERNANDO.--SOFIA.

- FERN. (Con gravedad.)
Se fué?
- SOFIA. Para siempre!
- FERN. Acaba...
- Y la mujer de que hablaba?
- SOFIA. Ella se arroja á tus piés! (Póstrase.)
- FERN. ¡A mis piés!
- SOFIA. No con mi lloro
te muevas á compasion:
indigna soy de perdon;
castigo por gracia imploro.
- FERN. No, no! enjuga mis mejillas.
Nada ante mí te avergüence.
La virtud que lucha y vence,
no debe estar de rodillas. (Levántala.)
- SOFIA. Ay!!!
- FERN. Abrázame, bien mio. (Abrázanse.)
- SOFIA. Ay!
- FERN. Con qué derecho, dí,
podré quejarme de tí,
y tú no de mi desvío?
Quizá de mí nace el daño;
no apuremos la materia:
un mes anduviste sería;
y yo indiferente un año.
Metido allá en el belén
de mis negocios, creía
que mi esposa me querría
con ser solo hombre de bien;
mas no: veo que no es ripio
en un marido el que amante
sea, y celoso y galante,
como era yo en un principio.
Ya quiero ser lo que fuí.

- SOFÍA. Yo vuelvo desde hoy á amar
 como antes...
 FERN. A tu Pilar...
 SOFÍA. Y á tí sobre todo, á tí. (Abrazanse.)

ESCENA ULTIMA.

ISABEL.—GASPAR.—DICHOS.

- ISABEL. Bueno ! Bien ! Viva !
 SOFÍA. Isabel.
 para todos resucito ! (Abrazándola.)
 ISABEL. Me alegro ; y te felicito...
 GASPAR. Ya se ha largado el doncel,
 eh ? Voto á !...
 FERN. Pues qué querias ?
 GASPAR. Me echó el gran tuno en remojo...
 FERN. Hombre !
 GASPAR. Pero si le cojo...
 FERN. No le verás en tus dias,
 Gaspar.
 GASPAR. No ?
 SOFÍA. No.
 ISABEL. No !
 GASPAR. (A Fernando.) Pero habla
 tú : qué ha sido esto ?
 FERN. Ganar
 un partido de billar,
 solo con *jugar por tabla*.
 GASPAR. Eso es decir...
 ISABEL. Que á favor
 del prudente pundonor
 y el benigno proceder,
 se conquista en la mujer...
 FERN. Fé, cariño...
 SOFÍA. Eterno amor.

FERN. (El primer actor. Al público.)

Esta comedia de tres,
por encargo fabricada,
señores, está sacada
de otra en idioma francés
Diferente á veces es,
y á veces no es diferente:
allá, un público indulgente
la recibió con extremos;
aquí, nos contentaremos
con que pase... buenamente.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.

Madrid 28 de Noviembre de 1850.

Aprobada y devuélvase.

Rafael Perez Vento.

9899

THE
LIBRARY
OF THE
MUSEUM
OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.

PLATE 1

PLATE 1

PLATE 1

PLATE 1

PLATE 1

Achaques de siglo actual.
 Un Hidalgo aragones.
 Un Verdadero hombre de bien.
 La Esclava de su galan.
 Pecado y expiacion.
 ¡Fortuna te dé Dios, hijo!
 No se venga quien bien ama.
 La Estudiantina.
 La Escala de la Fortuna.
 Amor con amor se paga.
 Capas y sombreros.
 Ardides dobles de amor.
 El Buen Santiago.
 ¡Ya es tarde!
 Un cuarto con dos alcobas.
 ¡Lo que es el mundo!
 Todo se queda en casa.
 Desde Toledo á Madrid.
 El Rey de los Primos.
 La Caverna invisible.
 Quien bien te quiera te hará llorar.
 Marica-enreda.
 Flaquezas y Desengaños.
 La Amistad ó las tres épocas.
 El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
 La luna de miel.
 Un Ente como hay muchos.
 Cornelio Nepote.
 Los Pretendientes del dia.
 Los dos amores.
 Deudas del alma.
 Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
 Las diez de la noche.
 El Congreso de Jitanos.
 El Preceptor y su mujer.
 La Ley Sállica.
 Un Casamiento por hambre.
 Antes que todo el honor.
 ¡Un Divorcio!
 La Hija del misterio.
 Las Cucas.
 Gérónimo el albañil.
 Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

De fuera vendrá.....
 Juan e l Tornero.
 La doctora en travesuras.
 Un milagro del misterio.
 La Mula de mi doctor.
 A los pies de V., señora.
 Remedio para una quiebra.
 El sistema de Felipa.
 El sistema de Felipe.
 La mujer de dos maridos.
 Ladron y Verdugo.
 La astucia rompe cerrojos.
 Un viaje alrededor de mi mujer.
 Un viaje alrededor de mi marido.
 El marido universal.
 Un Sentenciado á muerte.
 No se hizo la miel...
 Los Preciosos ridiculos.
 Lo que al negro del sermon.
 La Union carlo-polaca.
 Peplia la aguardentera.
 ¡Ingleses!!
 Un Fusil del Dos de mayo.
 Cuerdos y locos.
 Pst., Pst.
 Entre Scila y Caribdis.
 Al que no quiere caldo.
 La Piel del Diablo.
 Si buenas ínsulas me dan...
 El Perro rabioso.
 De qué?
 La Herencia de mi tia.
 La Capa de Josef.
 Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
 Los Apuros de un Guindilla.
 El Sacristan del Escorial.
 El Sol de la libertad, loa.
 Amarse y aborrecerse.
 Trece á la mesa.
 Dos Casamientos ocultos.
 Cinco pies y tres pulgadas.
 A la Côte á pretender.
 Con el santo y la limosna.
 De Potencia á potencia.
 Las Avispas.
 El Aguador y el Misántropo.
 Acertar por carambola.
 El Rey por fuerza.
 Las Obras de Quevedo.
 Un Protector del bello sexo.
 No siempre lo bueno es bueno.
 Huyendo del peregil.
 El Chal verde.

El on del cie
 La Esperanza de la Pátria, loa.
 Alza y baja.
 Cero y van dos.
 Por poderes.
 Una Apuesta.
 ¡Cuál de los tres es el tio?
 La Eleccion de un diputado
 La Banda de capitan.
 Por un loro!
 Simon Terranova.
 Las dos carteras.
 Malas tentaciones.
 Dos en uno.
 No hay que tentar al Diablo.
 Una Ensalada de pollos.
 Una Actriz.
 Dos á dos.
 El Tio Zaratán.
 Los Tres ramilletes.
 El Corazon de un bandido.
 Treinta dias despues.
 Cenar á tambor batiente.
 Las Jorobas.
 Los Dos amigos y el dote.
 Los Dos compadres.
 No mas secreto.
 Manolito Gazquez.
 Percances de un apellido.
 Clases pasivas.
 Infantes improvisados.
 Por amor y por dinero.
 Estrupicios por amor.
 ¡Mi Media naranja.
 Un Ente singular!
 Juan el Perdio.
 De casta le viene al galgo.
 ¡No hay felicidad completa!
 El Vizconde Bartolo.
 Otro Perro del hortelano.
 No hay chanzas con el amor.
 ¡Un bofetón.... y soy dichosa
 El Premio de la virtud.
 Sombra, fantasma y muger.
 Cuerpo y sombra.
 Un Angel tutelar.
 El Turrón de Noche-buena.
 La Casa deshabitada.
 Un Contrabando.
 El Retratista.
 Un Año en quince minutos.
 ¡Un Cabello!
 Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydée   el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegiales y soldados.

Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir   una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
 Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.

El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano
y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la ESPAÑA DRAMÁTICA , se hace la rebaja de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares   la Direccion , que lleguen   200 rs., se hace la rebaja de 20 por 100.

El Círculo LITERARIO COMERCIAL se halla establecido en la calle de Lope de Vega, núm. 26.